

Correo de Lectores

Estimadas Colegas,

Quería felicitarlos por el éxito de las Jornadas Financieras.

Tanto como organizadora de seminarios y congresos de traducción como traductora financiera, aprecio enormemente la calidad extraordinaria de las ponencias y de la organización. Aún con mis 25 años de experiencia en el campo, aprendí mucho en las Jornadas.

Marian

Marian S. Greenfield
Msgreenfield Translations Spanish,
Portuguese and French to English
Financial Translations
ATA President-Elect and Chair
of Professional Development

Diccionario "garciamarquiano"

La escritora colombiana Piedad Bonnett creó el 'diccionario de palabras garciamarquianas'. El propósito de este diccionario de palabras garciamarquianas –según dice Piedad Bonnett– es que podamos penetrar en el alma y el pensamiento del escritor. Reúne unas 350 definiciones extraídas de la producción narrativa y periodística del Nobel. Aquí, algunas definiciones:

Amor: El amor es muchas cosas a la vez. Pero por encima de todo es un trastorno digestivo.

Barbero: El barbero de la ciudad es un científico. El del pueblo es un filósofo, que piensa mal de todos y habla bien de todo el mundo.

Escribir: Nadie enseña a escribir salvo los buenos libros, leídos con la aptitud y la vocación alertas.

Fama: La fama me intimida y la consagración se me parece mucho a la muerte...

Guayabo: Lo que produce guayabo no es el trago sino con quien se beba.

H: Es preciso convenir en que la hache es la única letra con personalidad.

Infancia: No he logrado salir de mi infancia. Allí residen mis miedos.

Juventud: La juventud se va y quien todo lo hizo a base de juventud, debe tener al menos la inteligencia de recordarlo a tiempo.

Lealtad: La lealtad de las mujeres con el hombre que les juega limpio siempre, aunque fuera de la casa hagan lo que sea, es una lealtad hasta la muerte.

Macondo: Más que un lugar del mundo es un estado de ánimo.

Novela: Toda buena novela es una advinanza del mundo.

La utopía del paraíso cosmopolita

Julia Kristeva es conocida internacionalmente como psicoanalista, filósofa, crítica y novelista. Nació en Bulgaria en 1941 pero vive en París desde hace más de medio siglo. Ejerce como profesora de lingüística en la Universidad de París VII. Entre sus libros se destacan: "La revuelta íntima"; "Posesiones"; "El porvenir de la revuelta"; "Historias de amor".

Se distingue inmediata y básicamente al extranjero del que no lo es porque habla otra lengua.

En una observación más minuciosa, el hecho es menos banal de lo que parece; revela un destino exorbitante, tragedia y elección al mismo tiempo.

Tragedia porque el ser humano, ser hablante, habla naturalmente la lengua de los suyos, lengua materna, lengua de su grupo, lengua nacional. Cambiar de lengua es equivalente a perder esta naturalidad, a traicionarla o, por lo menos, a traducirla. El extranjero es esencialmente un traductor. Puede lograr integrarse perfectamente en la lengua local sin por ello olvidar su lengua natal u olvidándola parcialmente. La mayoría de las veces se lo identifica, sin embargo como tal justamente porque su traducción, por perfecta que sea, pone en evidencia cierta melodía, cierta mentalidad que no es afín a la identidad del nativo. Por más curiosa, divertida, excitante que resulte, esta marca alógena irrita a los autóctonos: "Esa es otra lengua", se dicen, "el que se expresa así es otro (un traductor), no es de los nuestros, no lo es, qué quiere, nosotros lo queremos...". Por suerte, este razonamiento no se cumple siempre estrictamente. Pero subyace hasta en las actitudes más tolerantes y, en estos tiempos de crisis, llega a producir los peores efectos de los que los humanos somos capaces, la persecución del hombre o de la mujer, y el asesinato.

Sin embargo, el traductor, intrínsecamente desgarrado, saborea con desolación su posición límite y sabe que la sospecha que genera es también su salvación. Él dejó sus orígenes –su lengua materna– porque una necesidad o una elección lo llevaron irremediablemente a la práctica hacia la lengua de sus anfitriones. La nueva lengua, objeto de un amor lúcido y, sin embargo, pasional, es el pretexto para su renacimiento: nueva identidad, nueva esperanza. El traductor aspira a asimilarla absolutamente, le insufla no obstante, de modo más o menos inconsciente, los ritmos arcaicos y las bases pulsionales de su idioma natal. Por ello, este espíritu desdoblado sólo puede vivir agudizando su espíritu crítico. A partir de esa brecha, lo antiguo como lo nuevo, la familia originaria como la nueva comunidad le parecen tan cautivantes como problemáticas, devienen un cuestionamiento sin consuelo, una preocupación constante. ¿Hay mejor elección que la lucidez insomne del traductor?

Se considera –según las normas vigentes– que el traductor ideal no debe transparentar en lo más mínimo la lengua de origen. Esta concepción de la traducción puede ser discutida, pero es la más aceptada y parece satisfactoria. Desde este punto de vista, el extranjero es un traductor no ideal: uno siempre puede distinguir "ese algo" que hace evidente su diferencia. Por otra parte, el traductor, tan herido como orgulloso de ser reconocido, tiende a sorprenderse de que su inquietante extrañeza no sea considerada una suerte, un enriquecimiento, una evolución, una nueva vida del alma, de la lengua, de la nación, de la humanidad. Y esto es así porque nuestro traductor, a pesar de su falsa modestia, es un espíritu abierto que sueña con la amplitud mental de todos y también un profeta que anuncia y construye con entusiasmo la utopía del paraíso cosmopolita.

Este texto pertenece a "*El porvenir de la revuelta*" de Julia Kristeva, Fondo de Cultura Económica (1999).